



El mar será... Una narración novelada sobre Antoni Benaiges



El maestro freinetiano Sebastián Gertrúdx y el documentalista Sergi Bernal publicaron en 2018 “El mar será”, que recoge, de manera novelada, la experiencia pedagógica y vital del maestro Antoni Benaiges de quien hace unas pocas entregas ya dimos noticia. Casi a modo de diario, podemos acompañar al maestro en sus palabras. Los autores recogieron la documentación para narrar esos pocos años de vida del maestro freinetiano que prometió a los niños de su escuela en Bañuelos de Bureba (Burgos) llevarles a ver un mar que nunca habían visto. Una obra clarificadora y conmovedora que sigue en las librerías y os aconsejamos leer.



Foto coloreada, Tina Paterson

El mar será...

Sebastián Gertrúdx y Sergi Bernal, 2018

488 págs.

Editorial Gregal. Terracel, scp.

ISBN: 978-8417082819



El mar será (fragmentos 1)

Los problemas de pensar (págs. 71-73)

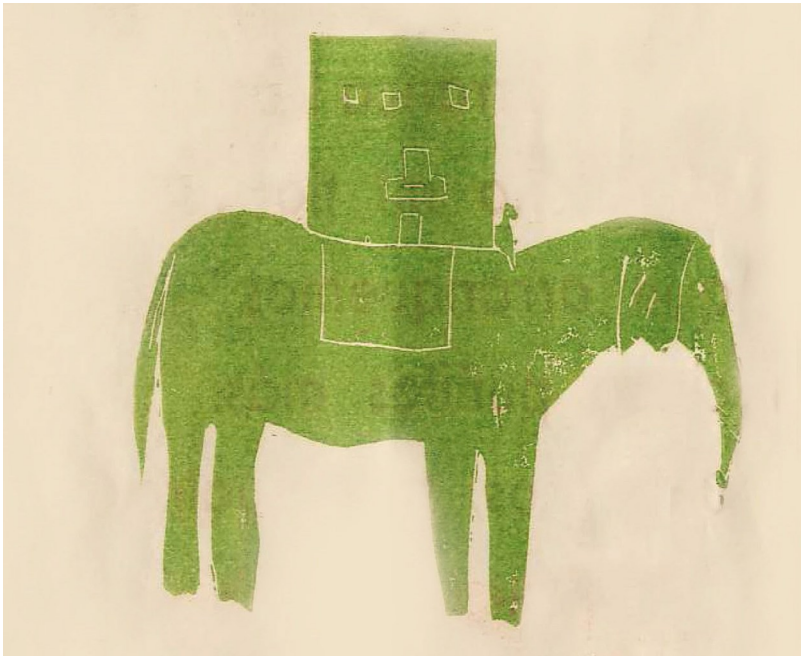
El 1 martes, 6 de noviembre, hacía mucho frío. Los niños se apretaban en torno a la estufa, que consumía los últimos trozos de carbón. Acababan de escuchar la lectura de nuevos textos escritos por ellos mismos. Algunos lo hicieron con dificultad, pero con mucha más soltura y sentido que si leyésemos en el libro de lectura. Una vez escuchados todos, comentamos la conveniencia o no de que fuesen al periódico y elegimos los que nos parecieron más adecuados. Los elegidos habrían de ser corregidos y mejorados entre todos. Pero tocaba cambiar de actividad. Me dirigí a ellos con una sonrisa cómplice.

-Bueno, niños, atentos todos. ¡Ahora toca problema de pensar!

-¡Bien! ¡Bravo! -fue el grito unánime.

Ja, ja, ja, me encanta que os gusten estos problemas, porque haremos unos cuantos más durante el curso. Son problemas sin cuentas, pero que obligan a pensar. Podemos llamarles así, problemas de pensar, o de ingenio, o de cómo espabilarse ante una situación inesperada... Empezamos con el primero. Un niño va a la tienda a pagar unos zapatos de seis pesetas que le había comprado su madre. Pero se encuentra con dos amigos y, olvidándose del encargo, se gasta con ellos casi todos los cuartos. ¿Cómo arreglárselas?

El ingenio y el razonamiento de los niños se puso en funcionamiento cual locomotora sin freno.



-Yo iría a donde otro hombre que le conociese y le pediría los cuartos que me harían falta y después iría a pagar al zapatero. Con eso me volvía a casa y si mi madre preguntaba si lo había pagado, le diría que sí. Y los cuartos que había pedido se los pagaría ahorrando poco a poco hasta que tuviese bastante -contestó Antonio.

Soledad, que siempre se muestra sensata, dijo que ella iría a casa y le diría a su madre que había perdido las pesetas. Y Florentina añadió:

-Yo me iría a casa y diría a mi madre que me había gastado las pesetas en dulces y luego mi madre me pegaría.

Todos los niños querían intervenir. Para ellos era más un juego que un problema, pues aquí no era necesario hacer cuentas. Se trataba de encontrar alguna solución con algo de lógica. ¡Había que pensar con la cabeza! Finalmente, todos dijeron cuál era su solución al problema planteado.

Lucía: -Yo haría irme a casa a por más dinero y luego iba a pagarle al zapatero.

Isaías: -Yo miraría a ver si le podía coger seis pesetas a mi madre. Cuando ya se las hubiera cogido, iría a pagárselas al zapatero y diría a mi madre que ya lo había pagado.

Baldomero: -Yo haría irme a casa y decirle a mi madre que me diese otras seis pesetas, porque me había encontrado con dos amigos y me había gastado el dinero en dulces.



Primitivo: -Yo haría ir al campo a ver si cogía alguna liebre y luego venderla, y así tendría cuartos para pagar los zapatos.

Natividad: -Yo iría donde alguna tía que me lo diese y le diría que me había encontrado unos amigos y había gastado casi todo el dinero.

Anita: -Yo iría a casa y diría a mi madre que se me había perdido. Y si me dijese que fuese a buscarlas le diría que se me habían caído al río.

Emerenciana: -Yo me iría a casa a buscar más dinero. Pero con cuidado de que no me viesen. O si me viesen y me preguntasen si lo había pagado, les diría que sí. Y después, cuando no me viese nadie, cogería más dinero y me iría a pagarlo.

Eúbulo: -Si mi madre me preguntase dónde están las pesetas. yo le diría que me las habían quitado unos niños.

Matías: -Yo me iba a casa y le decía a mi madre que un chiquillo me había cogido los cuartos.

Vitora: -Yo iría llorando a casa y le diría a mi madre que se me habían perdido las pesetas y que me diese otras pesetas para pagárselas.

Vicente: -Yo diría que me habían quitado los cuartos.

Cecilio: -Iría a alguna casa a ver si me daban el dinero.

Valeriano: -Yo le decía que se me habían perdido las pesetas. Luego mi padre me diría: «¿Cómo se te han perdido? ¡Como te de una torta! ¡Vete a buscarlas!». Y yo le diría a Siricio que fuese conmigo.

-Bien. Ya es suficiente -comenté con satisfacción -Maestro. Este problema lo podríamos poner también en el periódico, cuando tengamos la imprenta -sugirió Valeriano.

-¿Qué os parece? -pregunté al resto.

-Sí -contestaron todos a la vez.

-De acuerdo. Lo pondremos para compartirlo con nuestros amigos de otros lugares. Ya veréis cómo les van a gustar tanto como a vosotros. □

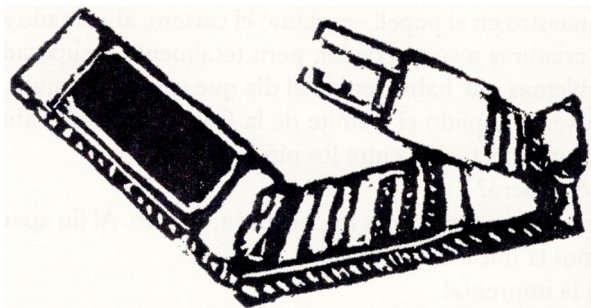


Ilustración realizada por los niños de Bañuelos de Bureba en el cuaderno impreso *Recreo* nº 3, de julio de 1936, página 22. Dibujo y cliché de Anita Ortiz.



El mar será (fragmentos 2)

Mi escuela es la escuela del trabajo. (págs. 135-137)



Ya ha llegado la imprenta! Imagen de alumnos de Benaiges

Estamos a finales de abril. La escuela está en marcha. Todo empieza a funcionar con precisión. Lograda la ambientación, el proceso de la técnica se da claro y preciso, limpio. Este es el proceso: hablar, escribir, dibujar; hablar, dibujar, escribir; dibujar, hablar, escribir. Después vienen las operaciones complementarias: componer, grabar, ajustar, formar el molde y, por fin, entintar e imprimir. Acabada la impresión toca limpiar, descomponer, distribuir en el cajetín; en suma, deshacer lo hecho. Pero la obra queda, no desaparece. Este es el gran valor de la nueva técnica: el niño construye, crea, deshace lo que ha construido, con lo que ha creado, y su creación subsiste, es eterna y algo más: mediante la comparación por él mismo, es mejorable. Experimenta el placer de construir, saborea el dolor de deshacer su construcción y goza de la satisfacción infinita de que su obra no se destruya, subsiste y flamea ante sus ojos y los de sus amigos, a quienes él se la muestra satisfecho, como su propia ilusión hecha realidad, para volver a empezar y hacer otra mejor. Y la hace. Una vez impresos todos los textos el proceso continúa con la composición de las hojas que formarán el cuaderno, poniéndolas

en orden, luego, su encuadernación, para la que utilizamos grapas, y una cosa muy importante, su distribución. Primero entre los autores, los niños lo llevan a sus casas. Luego, gracias al cartero y al servicio de correos, va a las otras escuelas con las que hacemos intercambio de trabajos. Y finalmente, a nuestros suscriptores, esos amigos que con su cuota nos ayudarán a tener los materiales necesarios para poder realizar este trabajo con un mínimo de calidad; pienso en tintas, papel, linóleos, gubias... Seguro que muchos amigos de nuestra escuela se suscribirán, mis familiares, mis compañeros maestros, mis camaradas de sindicato y quién sabe si hasta alguno del pueblo. Ya se verá.

Por diversos procedimientos rudimentarios los propios niños reproducen sus dibujos. La técnica del cliché consiste en esto: primero, el dibujo libre, obtenido como actividad expresiva, se calca en el cristal, y luego, poniéndolo del revés, se pasa con papel carbón al material que se emplee. En Bañuelos utilizamos mucho el linóleo. Con unas plumillas en forma de gubias se graba la línea del dibujo, descarnando, finalmente, todo lo demás. Si se quiere la silueta negativa hay que vaciar todo lo que es dibujo y dejar el margen. El cliché se pega después en un taco de madera, con un espesor total igual a la altura de los tipos de imprenta. Nada más. La técnica de clichés es curiosísima y, además de ser un excelente trabajo manual, agudiza el ingenio de niños y niñas buscando y descubriendo formas nuevas.

Aparte de las publicaciones periódicas construiremos verdaderos libros escolares, como hacen los compañeros franceses. Todo hecho, claro está, en la propia escuela. Verdaderos libros de vida, como los llama Freinet, aunque nosotros preferimos llamarlos cuadernos de vida.

Para poner instrumentos vivos de información al alcance de los niños y niñas estoy creando el fichero general y de cálculo. Será el archivo particular de la escuela, nuestro tesoro informativo. No se trata de textos compendiados para estudiar, sino documentos rigurosos al servicio del alumnado para que, libremente, se sirva de ellos cuando necesite concretamente un dato, o una noticia, o un episodio, o una imagen. La ficha tiene grandes ventajas sobre el libro, es más rigurosa y es renovable, rectificable, actualizable; es decir, que se puede tener siempre al día. Es, además, fruto de nuestro trabajo conjunto, pues se genera en las salidas y en las averiguaciones realizadas en la escuela, y va a suponer un motivo más de intercambio con otras escuelas, con las que pondremos en práctica una verdadera relación de cooperación.

Nuestra escuela funciona como un taller; un taller donde cada uno tiene una misión asignada, una tarea, una responsabilidad adquirida por él mismo. Y la suma de todas ellas da como resultado el texto impreso, la creación, el pensamiento vertido en la hoja que antes era blanca. No hace falta estudiar ninguna lección, ni memorizar ninguna lista de datos; solamente hay que tener voluntad de aprender, de cooperar, y el trabajo se convierte en el mejor aprendizaje. □



El mar será (fragmentos 3)

La Voz de la Bureba. (Págs. 355-357)

Hoy domingo, 14 de junio, *La Voz* me publica el último artículo de este curso. Le comenté al director que sería el último hasta septiembre, pues a partir de ahora tendré bastante faena con el final de curso, con mi responsabilidad en la Casa del Pueblo y con el viaje que estoy organizando para llevar a los niños a conocer el mar. Sin olvidar la conferencia sobre educación que me comprometí a dar en Burgos, el 19 del próximo mes. No es un artículo cualquiera. ¡Nunca escribo por escribir! Los maestros estamos haciendo un gran esfuerzo para mejorar la educación de nuestros alumnos y de los jóvenes aprovechando las clases de adultos. Pero ¿y los padres?, ¿quién educa a los padres? ¿Cómo cambiar esas inercias autoritarias que tan arraigadas están en muchos comportamientos? ¿Y ese modelo de maestro represor, lleno de tics fascistas que tienen todavía en sus cabezas? ¡Ellos vivieron una escuela tan nefasta! ¡Obediencia! ¡Silencio! ¡Castigos! ¡Rezós! El maestro que ayuda, que comparte, que aprende junto con sus alumnos, no entra en sus cabezas. Los niños quedaron sorprendidos al principio, no lo entendían tampoco. Pero al poco lo entendieron. ¡Son listos como el rayo! ¡Claro que lo entendieron! Ahora están encantados con su maestro. ¡Y yo, con ellos! ¡Respetas y serás respetado! Pero los padres, ¡ay!, los padres. ¿Tendrá que pasar una generación para que cambien el modelo que tienen de escuela? Espero que no. No queda otro remedio que seguir, y seguir, y seguir. Cuando se trabaja con ilusión, al final llegan los frutos. Ahí va el artículo.



Padres e hijos

Que los padres quieren a sus hijos es algo que por natural es evidente y se hace indiscutible. Pero ya no es tan natural ni tan evidente que los padres sepan querer a sus hijos. Esto permite la discusión. Y por tratarse de una cuestión de tanta trascendencia vamos a hablar de ello.

El niño es un ser consciente, pero incapacitado para responder de sus actos. Nació en virtud de una ley natural, hecha efectiva por dos seres responsables: los padres. El niño, pues, tiene el derecho primordial de vivir y los padres, el deber ineludible de posibilitarle la vida. Vida que exige algo más que la mera satisfacción de las necesidades corporales (movimiento, nutrición, vestido, habitación). Inherente a ella es el desenvolvimiento de los valores psíquicos que potencialmente laten, que han de hacer del niño un ser capaz de responsabilidad. Dicho de otro modo: el niño tiene derecho a ser educado.

Ahora bien: los padres son quienes inician fundamentalmente la educación. ¿Cómo guían los padres la educación de sus hijos? En general, pésimamente. Los padres, muchas veces sin querer, son tradicionalistas. Los hijos han de ser una copia exacta de los padres. En carácter, en sentimientos, en voliciones. Y aparece el autoritarismo, la razón de la fuerza. El niño, libre por naturaleza, se rebela y busca el arma para defenderse: se vuelve hipócrita. Ya tenemos el niño decente que tan admirablemente ha novelado Zamacois¹.

¹ Eduardo Zamacois. (Cuba 1873, Argentina 1971), Longevo escritor y periodista que vivió años en España fue muy famoso en las primeras décadas del siglo XX.



Los padres recuerdan todas aquellas cosas que les dijeron de pequeños: que no preguntasen, que no protestasen, que respetasen a los superiores, que fuesen obedientes, que no mal hablasen, que no molestasen, que guardasen buenas maneras, que no fuesen con malas compañías, que estudiaran la lección, que fuesen a misa, que quisiesen la patria, que hiciesen aquello, que no hiciesen aquello, que hiciesen aquello otro, etc.

Y todas aquellas mismas cosas, invariablemente, como si el mundo no hubiese dado ninguna vuelta, las imponen a sus hijos a modo de artículos de fe. Es decir, los padres no conciben que sus hijos puedan sentir la necesidad de no ser como ellos. Así, el niño se convierte en un ser incapaz de dar algo elevado y fecundo, que vibre y haga vibrar. Todo lo más delicado de su interior queda en la penumbra, cuando no aplastado. En lugar de ser provocado, estimulado, se le aplica la pedagogía del trágala. Como vemos, la educación que los padres dan a sus hijos se reduce a un movimiento de fuera a dentro, que es precisamente todo lo contrario de la educación.

Este concepto que los padres tienen de la educación es naturalísimo que también lo tengan de la escuela. El niño va a la escuela por dos cosas: para aprender y para que no vaya abandonado por la calle. A veces solo para esto último. A pocos padres se les ocurre pensar que su hijo haya de ir a la escuela para satisfacer una necesidad vital y desinteresada, para desbordar propia vida. Así no es extraño que crean que el mejor maestro es el que más enseña, el que más cantidad de artículos almacena en las pobres interioridades del niño. ¿Que viene un maestro y da un rumbo radicalmente distinto a la marcha de las cosas? Pues es un

mal maestro y habrá que vigilarle. Y tal vez echarle a la primera ocasión. Pero no saben que precisamente comienza a ser maestro quien sabe oponerse a las concepciones equivocadas que los padres suelen tener de la educación.

El niño se hace mayor y los padres ya van pensando en qué podrán colocarle. Los oficios no les acaban de gustar. Labrador, ni hablar. ¿Le pondremos un comercio? Mejor sería de chupatintas en alguna oficina. ¡Si pudiésemos darle una carrera! Esto luce mucho y se tiene el pan asegurado sin hacer gran cosa... Más tarde, el hombre a veces se pregunta por qué hace aquel trabajo, que ni le gusta ni responde a sus aptitudes. Y el trabajo sigue siendo castigo mitológico.

Yo diría a los padres que reflexionen sobre estas y otras cosas que se relacionan con sus hijos. Que piensen que las tiranías que la sociedad sufre han sido y son posibles porque los hombres no han traducido en ideas y actos aquel fondo libertario que en todos late y del que tantos ejemplos tenemos en la historia de los pueblos.

Solo tienen derecho a llamarse padres, aquellos que saben hacer un hombre de su hijo. Que conste.



Caja conservada por la familia Benaiges con los cuadernos impresos en la escuela. Foto Sergi Bernal, 2012

Antonio Benaiges Nogués. Bañuelos de Bureba. □



El mar será (fragmentos 4)

Un maestro en el recuerdo. Carta de Iria Díez (págs. 481 - 482)

Mi nombre es Iria Díez, vivo en Alcalá de Henares (Madrid), soy nieta de Primitivo Díez.

Mi abuelo nació y vivió en Bañuelos de Bureba hasta que mi padre cumplió los cuatro años y vinieron a Alcalá a trabajar.

Desde muy pequeño, y como era normal en aquella época, empezó a trabajar como pastor, y después, como labrador en el campo, la única forma de sobrevivir allí en aquella época.

Mi abuelo nunca había hablado de su infancia en la escuela de Bañuelos, o por lo menos yo no le había escuchado, hasta que hace unos años le enseñé la foto de los niños y el maestro en la puerta de la escuela de Bañuelos. Al verla, se emocionó mucho y se señaló en esa foto, en la que también estaba, mientras se le saltaban las lágrimas.

Empezó a recordar cosas de esos años y sobre todo de aquel maravilloso maestro, Antoni Benaiges.

Lo que más me sorprendió y me enterneció fue la forma en que le recordaba, con muchísimo cariño.

Contaba que era un maestro especial, diferente a todos los demás que habían pasado por aquella pequeña y fría escuela.

Benaiges era un buen hombre que les enseñaba desde el cariño cosas nuevas, les ponía música en un gramófono que les había llevado; también usaba esa imprenta para hacer cuadernillos que nunca antes hubieran soñado hacer. Les contaba cosas desconocidas para ellos, abriendo sus pequeñas cabecitas a un mundo más allá de aquel miserable pueblo del que nunca habían salido. Además, les sacaba al campo a hacer excursiones.

A pesar que Benaiges no tenía tampoco mucho dinero, de vez en cuando les regalaba algo de comer a los niños, como castañas, chocolate, almendras...

Desde mi punto de vista, y viendo cómo mi abuelo expresaba sus relatos y cómo se emocionaba al hablar de él, creo que fue alguien muy especial, que les dio mucho cariño, abriéndoles los ojos y la mente.

Siguió recordando a Benaiges de vez en cuando aunque en mi familia me recomendaron no hablarle mucho sobre ese tema, ya que se emocionaba demasiado y no quería parar de hablar de aquello cuando empezaba a hacerlo.

Tuvo una época en que cuando iba a su casa a verle me decía que ojalá yo tuviera más tiempo para ir a diario a su casa para que él me contara cosas sobre su querido maestro y yo escribiera un libro.

Hace casi dos años mi abuelo se puso de repente bastante enfermo.

La última vez que subí a verle al hospital (esa fue la última vez que le vi con vida) mi abuelo solo hablaba de Bañuelos, de Benaiges y de su tío Domingo, amigo de Benaiges, al que también capturaron y fusilaron ese fatídico mes de julio del año 36. Parecía que estuviera viéndoles.

Antoni Benaiges debía de ser ante todo un excelente ser humano, además de un magnífico maestro, pues yo, con mis treinta años, nunca he tenido un maestro así, ya que puedo constatar en primera persona que a mi abuelo Primitivo Díez Viadas le marcó mucho y le tuvo en su cabeza hasta sus últimas horas de vida, recordándole con todo su cariño.

Con todo lo que he escuchado sobre él, me hubiera encantado conocer a Antoni Benaiges, y ante todo que no hubiera ocurrido aquella barbaridad únicamente por ser buena persona y buen maestro.



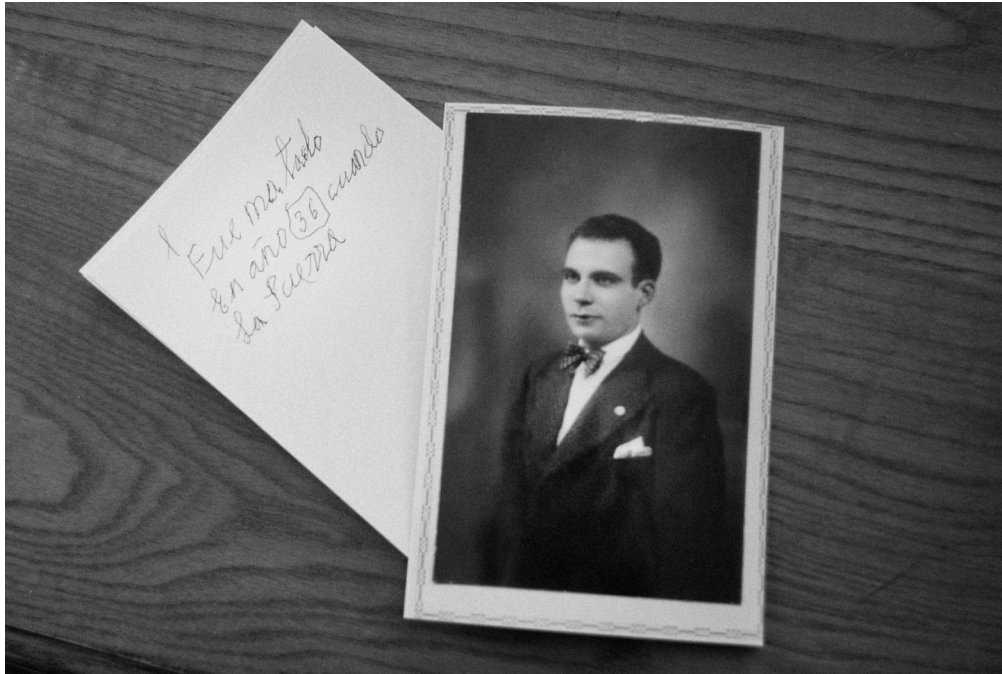


Foto de Benaiges y nota manuscrita quizá por Primitivo, el abuelo de la autora de la carta anterior.
Familia Díez. Foto Sergi Bernal

Quería hacer realidad vuestros sueños y, con la imprenta, lo pude conseguir. Vuestra vida era pura ternura convertida en cuadernos viajeros.

Me sentía feliz. Amaba y era amado. Os amaba. Quería compartir con vosotros el mar.

Vivía en la plenitud, los mediocres no me hacían daño. Nada podía detenerme, nada podía impedirme llevaros al mar, a la inmensidad azul de mi infancia.

Todo era posible. El futuro era nuestro. La vida fluía imparabile, como una poesía eterna.

Educación, cultura, conocimiento. Por fin estábamos ganando la batalla a la superstición y a la creencia ciega en dogmas sin sentido. Por fin empezábamos a cuestionar la autoridad de los malditos caciques. Estábamos en el buen camino.

Y recuerdo que una noche de verano con el cielo lleno de estrellas, cayó de golpe la oscuridad de los malvados, acabando con todos los sueños. Y la vida se detuvo.

Si algún día me encontráis dentro de una triste y fría fosa común de la Pedraja, llevadme al mar, por favor. Quiero descansar junto a la inmensidad azul de mi infancia.

El mar será (fragmentos 5)

Epílogo. En recuerdo del Maestro. (págs. 485—486)

Yo iba, seguro de mí mismo, sobre una nube de espuma blanca. Volaba, desde la inmensidad azul, hacia la loma, la desnuda loma de Bañuelos.

El destino me condujo hasta los campos de trigo de Castilla. Nada era imposible, viajaba con el corazón henchido de ilusiones.

Llegué con la maleta llena de proyectos y con un profundo respeto hacia mis alumnos.

Mi gramófono puso música en nuestras vidas y los niños y niñas bailaban conmigo por la alfombra verde de las eras.

Éramos felices, jugábamos a construir un mundo sin miedos; nuestra imaginación nos transportaba hacia el infinito.

Mi luz de carburo era una estrella en la noche; un faro en medio de la oscuridad.

El aire movía el trigo y los campos eran el mar de Mont-roig. Un mar de espigas de oro.

En invierno, el cielo vestía de blanco nuestras vidas; era un manto fértil, a veces amable, en la inhóspita meseta castellana.

Caminaba confiado a la conquista de una vida plena.

